

muchos heridos y algunos muertos. Aunque los de Lorca no eran tantos como los moros, principiaban ya á subir por el montecillo arriba cuando llegó la gente de Vera, compuesta de treinta soldados de á caballo y ochenta peones. Estos, oyendo desde lejos la arcabuceria y el ruido de las armas, venían todos volando por hallarse en aquella acción; pero como los caballos no podían subir el montecillo, le rodearon todo para que ningún moro se les escapase. Los peones de Vera, juntándose con los de Lorca, comenzaron á subir á lo alto, donde los moros, metidos unos dentro de la cueva y otros estando á la puerta, todos animados por Farax, capitán bravo, peleaban desafortadamente. Mas poco les valía su esfuerzo, porque los cristianos atacaban con muchísimo valor, y encontrando tanta resistencia, acordaron poner fuego al rededor del montecillo, que todo estaba lleno de un espeso atochar y romeral, para abrasar á los moros.

El fuego comenzó á prender por todas partes con tal braveza que espantaba, y el humo se veía ya desde Lorca y Vera. Conociendo los moros que de ningún modo podían escaparse, arrojaban desesperados en el fuego las escopetas para que los cristianos no se sirviesen de ellas, y luego se abalanzaban por medio de las llamas buscando camino para salvarse con la fuga; pero unos morían ahogados del humo, y otros se abrasaban cayendo en el fuego; si alguno era tan venturoso que salía vivo de entre aquellas llamas, daba luego en las manos de los cristianos, y al punto era muerto. Deste modo perecieron todos, salvo el malvado Farax, que ayudado de algún diablo se escapó huyendo por medio de las llamas, con tan buena suerte, que tampoco pudo ser preso ni muerto por los soldados, ni alcanzado por los de á caballo, porque volaba por el aire, y echaba siempre por partes que no era posible seguir, según iba atravesando las hondas ramblas y saltando por crecidos barrancos, hasta que se metió en la espesura de los acebuchares de la rambla Guazamara, donde no bastaría á hallarle todo el universo. Así con harto dolor se escapó este perro, después de perdida toda su escuadra, quedando unos quemados y otros hechos pedazos. Mucho sintieron los cristianos que se les hubiese escapado el soberbio Farax; mas en vista de que esto no tenía ya remedio, acordaron cortar la cabeza á todos los moros y juntando hasta ochenta, porque las demás se quemaron con sus cuerpos, se las repartieron los de Lorca y los de Vera, juntamente con las armas que parecían de algún provecho. Este fin tuvo la compañía del bravo Farax, quien llegó medio abrasado á Purchena, en donde estaba el capitán Maleh, y allí reparó su salud, la cual mas valiera que Dios no se la diese por el mucho daño que hizo después que se puso bueno. Deseando este vengarse de los cristianos, se fué á Arjel, donde fijó su domicilio, y compró una galeota grande, con la cual, y acompañado de algunos renegados, volvió á las costas de España, é hizo grandes presas de cautivos. Del fin que tuvo el capitán Farax no he sabido cosa ninguna; ahora conviene que volvamos al marqués de Mondéjar, y veamos el estado de sus negocios, diciendo primero el romance que se compuso sobre este capítulo pasado:

El de Tendilla y Mondéjar
En su real asistía;
Con él están muchos nobles
De la ilustre Andalucía.
Estando un día tratando
De lo que hacerse podría
En aquella guerra infame
De la gente granadina,
Llegó un morisco corriendo,
Que de la sierra venía;
Y estando ante el marqués
Esta suerte le decía:
«Valeroso general
De Granada y su valla,
Ahora es tiempo, si quieres,
De ganar gran nombrada,
Y de reducir el reino
A la paz como solía.
Sabrás que el reyecillo,

Con muy poca compañía,
En Valor se está muy quieto
Holgando de noche y día;
No tiene cuenta con guerra,
Ni del gran daño que había
Resultado por su causa
En toda la Serranía.
Allí le puedes prender
A tu modo y á tu guisa.
Si quieres, ve tú en persona,
O algún capitán envía,
Que bien sabes de su muerte
El provecho que vendría.
El marqués que aquesto oyó
Quiere él hacer la vía;
Mas los nobles de su campo
Le defienden esta ida,
Porque es caso peligroso
Intentar la tal partida;

Que se envíe un capitán
De los que en el real había.
El buen Alvaro de Flores
Dice que á él le convenia,
Porque sabe bien la tierra
De toda aquella Aljarquia.
El marqués quiere que vaya,
Y que lleve en compañía
Mil valerosos soldados,
Armados cual convenia.
Alvaro se marcha luego
Por caminos que él sabía;
De día se está emboscado,
Y por la noche camina.
En tres días llegó á Valor,
Y un alba á la matutina,
Contra el lugar con su gente
Dió una grande arremetida.
Pero no encuentra defensa,
Ni á nadie que contradiga;
Solos mujeres hallaron
Muy euitadas y afligidas.
Los soldados hacen presa

Dellas y de cuanto habla:
No hallan al reyecillo,
Porque en Valor no existía.
El escuadron muy contento
En marcha ya se ponía
Para tomar al real,
Y no fué como quería;
Porque le tienen tomadas
Los moros todas las vías.
Comiénzase una batalla
Muy sangrienta y decisiva:
Los cristianos pugnán fuertes
Y matan gran morería;
Mas los moros eran muchos:
Tanta era la demasia,
Que para un cristiano hay ciento
Que los mata á porfia.
No quedó ningún cristiano
Que escapase con la vida.
El buen Alvaro de Flores,
Haciendo lo que debía,
Murió como varon fuerte,
Y mostró gran valentía.

CAPITULO XII.

En que se dice cómo su Majestad mandó al marqués de Mondéjar que saliese de las Alpujarras y viniese á la corte, dejando en los lugares mas importantes soldados de presidio; y cómo el reyecillo acordó de dar batalla una noche al marqués de Vélez en Verja.

Aunque en el romance pasado hemos dicho que de la rota miserable del capitán Alvaro de Flores no quedó hombre vivo, bien podía decirse esto así, aunque se salvaran seis ó siete. La mala nueva se supo luego en el real del marqués de Mondéjar, y aun llegó también muy pronto al del marqués de Vélez. El de Mondéjar lo sintió vivísimamente, como era de razón; y no pasaron muchos días después cuando le mandó su Majestad que dejase la guerra y partiera á la corte, poniendo gentes de presidio y la fortificación correspondiente en los lugares mas importantes, hasta que se diera orden sobre lo que debía de hacerse. En seguida partió el marqués para Granada, dejando en Ojijar la principal parte de su real, y el resto repartido en los presidios necesarios, con capitanes asistidos de gente bastante para que con escoltas se llevaran de una parte á otra las municiones, bastimentos y demás cosas necesarias á la guerra. De allí salió luego para la corte, donde es de entender que influyeron sus émulos en este grave disgusto que tuvo y sintió mucho, viendo que el marqués de Vélez se quedaba en las Alpujarras, y á él le mandaban salir de allí, y dejar en su lugar á don Juan de Mendoza, cercano deudo suyo.

Estando todavía en Valor el reyecillo muy ufano y vanaglorioso por haber desbaratado y muerto á un escuadron tan grande de cristianos, ganando además tantas y tan buenas armas, tuvo aviso por los moriscos de Granada de que el marqués de Mondéjar había partido para la corte; con lo cual tomó mucho mas ánimo, y especialmente al ver que los de Granada le suplicaban que cayese sobre las tierras del marqués de Vélez, y tomase las disposiciones convenientes para desbaratarle; pues conseguido esto, su negocio se haría mas llano, pudiendo los moros de África, que por temor del marqués no osaban desembarcar, socorrerle con gente y dinero y las demás cosas necesarias para la guerra, llevándoselas á aquellas costas. Persuadido desto el reyecillo, se propuso ir luego contra el marqués á Verja y darle una cruda batalla, para desbaratarle si podía, pues le habían informado de que se encontraba con poca gente; y así en presencia de los dos capitanes turcos y de los demás jefes que estaban en Valor pronunció el razonamiento siguiente:

«Varones ilustres, fuertes y bravos capitanes, que bajo de las mahométicas banderas militais con inmortal valor, levantando vuestros nombres á las lucientes estrellas: bien habréis reconocido que Mahoma nos es propicio en todo, porque vemos claramente que no nos fallece con su favor y auxilio, y no ha muchos días que conseguimos de nuestros enemigos una victoria insigne, de cuyas resultas nos proveimos de buenas y bastantes armas para contrastar en adelante á las cristianas banderas. Ahora ha huido nuestro enemigo capital desamparando sus escuadrones; y si

algunos militares han quedado de presidio en los lugares, son pocos, están mal provistos de bastimentos, y no acostumbrados á la intemperie de las nevadas sierras; por lo cual muchos dellos constreñidos de la pura necesidad se escapan á sus tierras, y por los caminos encuentran la muerte á manos de los nuestros. Nosotros no solo estamos bien reparados, sino que además se nos ofrecen socorros de cuanto sea necesario para llevar la guerra adelante por los amigos de Granada; con que quitemos el único estorbo que impide el logro de nuestras esperanzas, y que lo es el marqués de Vélez, adelantado de Murcia. Este se halla ahora en Verja con poca gente de guerra, porque se le ha ido mucha de su campo; y si vuestro parecer se conforma al mio, convendrá que una noche le demos una encamisada de gente valerosa, y tal que quede desbaratado y reducido á la necesidad de retirarse á sus estados. Dado este golpe, luego será nuestro todo el reino, y sin impedimento alguno podremos conseguir el fin de nuestras esperanzas. Por tanto, valerosos capitanes, si os parece, demos luego sobre el marqués, pues tenemos delante la ocasion, y la fortuna se nos muestra tan favorable.»

Esto dijo el reyecillo, y todos aquellos jefes y capitanes aprobaron su dictamen; por lo cual se principiaron luego á tomar las disposiciones necesarias para aquella encamisada. Acordaron que el marqués fuera acometido por tres partes, yendo gran cantidad de gente en cada una de las tres divisiones del ejército. El mando de la primera se dió al Derri, capitán valeroso y adversario del reyecillo, pero que entonces se prestó á servirle por ruego de muchos caballeros moros; y llevaba á sus órdenes ocho mil hombres no mal armados. De la otra division era capitán el Habaqui, que llevó también ocho mil hombres de guerra, bien armados de arcabuceria, espadas, alfanjes y otras armas. Los monfis, como gente que campeaba por sí, y que tantos males causaron al reino de Granada, llevaban seis mil hombres muy bien armados, y por capitán al valeroso Abonuaile, natural de Guadix. Hecho repartimiento destes veinte y dos mil hombres, el reyecillo salió con ellos de Valor y pasó las sierras de las Alpujarras por la parte menos aspera que encontró, hasta llegar á la distancia de seis leguas de Verja, donde sentó su real, fortaleciéndole muy bien. Mandó luego que saliesen tres moriscos muy sueltos, que sabían bien la tierra y los caminos ocultos para que se acercasen á Verja, miraran con atención al sitio del real del marqués, el orden que guardaba y la gente que tenia; cada uno destes tres moriscos fué por distinto camino á hacer con todo aviso y reserva lo que se les había mandado.

El ánimo del marqués fluctuaba entonces entre dudas y pensamientos diversos: por una parte se maravillaba de que no pareciese ni hiciera el menor sentimiento de guerra el escuadron morisco; al mismo tiempo observaba que la gente del marqués de Mondéjar no corría las Alpujarras después de la derrota de Alvaro de Flores, que ya había llegado á su noticia; y últimamente cuando la tuvo también de que el marqués de Mondéjar había dejado el campo en cumplimiento de la orden que tuvo de pasar á la corte. Todo esto traía confuso al marqués de Vélez, no sabiendo el partido mas acertado que debería tomar, y si convendría mas que pasase adelante ó se volviera atrás esperando á que llegase alguna orden nueva de su Majestad. Le admiraba también que estando ya en Granada el señor don Juan, como general supremo, no tomase alguna resolusion sobre aquella guerra, mantenida con gente tan desordenada, y que á su parecer no tendria fin, atento á que el reyecillo ni aguardaba á que le diesen batalla ni queria darla; pues cuando le buscaban huía metiéndose por las sierras, y caminando de lugar en lugar con poco cuidado, porque aquellas asperezas, que eran tan dificultosas de andar para los cristianos, las atravesaban los moros con facilidad, como nacidos y criados

en ellas, y además desto sabían dónde estaban unas cuevas muy profundas, ocultas para los cristianos, y por su situación inespugnables, donde tenían acopiados bastimentos para mas de diez años, tanto de trigo, cebada, panizo, aceite y miel, como de telas y ropas para vestirse; por todo lo cual creía que aquella guerra se alargaría demasiado, y al cabo no se concluiría. Con todo eso deseaba también el marqués saber lo que el reyecillo hacia y adónde estaba, para cuyo fin tenia enviados varios hombres por aquellas sierras y lugares que pudieran venir á darle cuenta dello.

A la sazón llegó á su real un morisco que venia á toda prisa preguntando por su escelencia, y habiendo sido llevado á la presencia del marqués, le dijo que el señor de Valor con todo su campo había cuatro días que salió de allí para venirle á buscar, y así que estuviese bien apercebido. Preguntándole el marqués si sabía otra cosa, el morisco respondió que no; hizo que le diesen racion de lo que hubiese menester, y luego mandó llamar á dos hermanos buenos militares, llamados Diego y Francisco Cervantes, que habían estado cautivos en Africa muchos años, y sabían muy bien la lengua turquesca, á los cuales dijo que se vistieran á la usanza mora y fuesen á descubrir si parecia por aquellas sierras el campo del enemigo para traerle noticias; y que especialmente procurasen coger algún espía del bando contrario, con lo cual le darían mucho gusto. Luego los dos Cervantes se aderezaron del modo que el marqués queria, y tomaron con soltura la vuelta de Andarax, como sabedores de los caminos mas ocultos y secretos de aquel pais. Dicen unos, que los Cervantes eran naturales de Alhama, junto de Murcia, y otros, de Vera; sean de adonde se quisiere, ellos eran muy buenos soldados, y pasada la guerra de Granada los conoció yo cuadrilleros de Vera y Almería, donde hicieron grandes hechos; de suerte que uno dellos fué capitán por su Majestad.

Habiendo llegado á la altura de la sierra hallaron dos veredas ó caminos no bien usados; y el Diego Cervantes le dijo á su hermano que se fuese por el uno y él iría por el otro, conviniendo antes en que al amanecer del día siguiente habian de volver á juntarse allí. Aun no había andado el Diego media legua, cuando descubrió un cerrillo alto y redondo, poblado de mucho monte; y como hombre astuto y usado en semejantes casos, luego presumió por la disposicion del puesto que aquella era una atalaya, porque desde allí se descubria mucha tierra de una parte y de otra; y para quedar cierto de su presuncion, llevando siempre los ojos puestos en la cima del montecillo, luego que estuvo cerca se apartó del camino para subir á él, y apenas hubo andado seis pasos oyó tocar un pito en la altura, al son del cual acudieron tres moros que estaban de atalaya. Cervantes al punto subió por el montecillo arriba, y llegando á la cumbre habló con los moros en algarabía de cosas tocantes á la guerra; pero como muy valeroso no perdió la ocasion, antes con grande ánimo y desenvoltura embistió á los tres, de tal suerte, que en un punto mató á los dos, y al tercero que se le queria ir no le dió lugar á ejecutarlo, y le asíó y ató prontamente, descendiendo luego con él del atalaya, y tomando la vuelta de su real.

Ya era muy tarde, y llegando á la union de los dos caminos, determinó pasar allí la noche aguardando á su hermano como estaba concertado; pero poco después de su arribo, alzando los ojos le vió venir con otro morisco, atado y herido. Este, según dijo, era del Bolodui, mancebo de muy buen talle, y amartelado de una hermosa mora, que sabiendo estaba cautiva en el real del marqués, resuelto á perder la vida, se salió del campo del reyecillo, é iba para Verja tan solo para saber si era viva ó muerta su señora, y si podría verla ó hablarla; que yendo por aquella oculta via se encontró con Francisco Cervantes, el cual, al verle venir solo, con bravo ánimo le acometió, y puesto el moro en defensa, habiendo disparado sus ar-

cabuces y errado los tiros en la peligrosa escaramuza, no le dió lugar Cervantes á tornarlos á cargar, sino que cerrando con él, desnuda la espada, le birió, aunque no de muerte. Viéndose el moro en esta situación, puso mano á su alfanje con ánimo acelerado, y principiando á dar sobre Cervantes anduvo incierto el combate largo espacio de tiempo, en que cada uno mostró el valor de su persona. Cervantes no le quería matar, deseando llevarle vivo á Verja, y quiso su buena suerte que el moro tropezase en un romero y cayese de espaldas, y aunque luego con grande ánimo quiso levantarse, Cervantes no le dió lugar, porque al verle caído, con la furia de un león y la velocidad de un águila, se llegó á él, y dándole un empellón muy grande, le volvió á derribar, y sujetándole con firmeza le dijo: «si no te rindes, moro, te mataré con esta daga.» Viéndose el moro herido y atropellado en el suelo y asido por aquel fortísimo cristiano, no pudieron tanto su ánimo y valor que no temiese la cruda muerte con que le amenazaba; y así, lanzando de lo mas profundo de sus entrañas un doloroso suspiro, arrojó el agudo alfanje de la mano, y con lágrimas en los ojos dijo: «me doy por rendido, valeroso cristiano; pero te aseguro que de mejor voluntad tomara la muerte que la vida que me dejas, pues la fortuna me ha sido tan contraria que me ha puesto en tal estado: y no creas, cristiano valeroso, que tu ánimo ha sido bastante para que yo fuese vencido, sino mi corta ventura que lo quiere así; llévame adonde quisieres, que tú no puedes hacerme tanto mal como mi desdicha me ha hecho.» El buen Francisco Cervantes, lleno de la compasión que es tan natural en los pechos cristianos, tomó el alfanje y la escopeta del moro, y dándole la mano para levantarse del suelo, tan solo por guardar la usanza de la guerra, le ató las suyas con la cuerda del arcabuz, y así pareció con él en el lugar en que habían concertado juntarse los dos hermanos.

Luego que se vieron allí reunidos, hallándose muy contentos del buen suceso, resolvieron partir aquella misma noche para Verja, donde llegaron antes de amanecer. Las centinelas puestas fuera del lugar los reconocieron luego, dando aviso al marqués de su arribo con aquellos dos moros que traían. Mucho se holgó su excelencia con ellos, y mandando que se regalase bien á los Cervantes, quiso que al punto se diese tormento á los dos moros para que declarasen la verdad en lo que fuesen preguntados. El primero que sometieron á esta prueba fué al que prendió Diego Cervantes, que comenzó á decir que nada sabia de las órdenes que el reyecillo tuviese dadas, sino que estaba á seis leguas de allí. Conociendo el buen Fajardo que el moro negaba por malicia, mandó que se le aplicara el tormento de fuego por los pies untados con aceite, que es uno de los mas bravos y crueles del mundo. Viéndose el moro abrasar de aquella manera, dijo que diría la verdad sobre todo lo que supiese, si le apartaban de tan cruel tormento; del cual se le quitó al instante por mandato del marqués, y declaró el moro lo siguiente:

«Sabrás, poderoso é invencible marqués, que soy natural de Andarax, llamado Alhondin; y que moviéndose la guerra en daño de las banderas cristianas, yo, juntamente con tres hermanos que éramos, seguimos las del reyecillo, deseosos de la dulce libertad que es el principal móvil del levantamiento de todo el estado granadino. Pasada la rota de Alvaro de Flores, nuestro Abenhumeya, lleno de soberana gloria, ha entendido que todo el mundo es ya muy poco para él; y como ve su campo muy bien proveído de buenas armas y de gente valerosa amaestrada en la guerra, ha acordado venirte á buscar con gran poder; para lo cual ordenó que su ejército se dividiese en tres escuadrones compuestos de arcabuceros y de gente escogida. La una division, compuesta de ocho mil soldados de mucho valor, trae por capitán al llamado Derri; la otra, que es de otros ocho mil muy buenos tiradores,

vendrá mandada por Abouaile, natural de Guadix, bravo capitán también; y la otra, compuesta de solo monfis, toda gente aguerrida, es de tres mil hombres exentos de temor, que manda el Habaquí, á quien tiene en mucha estima nuestro Abenhumeya por su esclarecido valor. El orden que seguirán en el acometimiento de tu real, poderoso señor, es el que una escuadra deba venir por la parte de Ojijar, la otra por la de Dalias, y la otra por la de Adra, embistiéndote todas á un tiempo. La que ha de venir por la parte de Ojijar se propone dar por la calle del Agua, y combatir por la parte en que tienes encerradas á las moras; la de Adra dará por la del Olivar, y la otra acometerá por la calle de la Iglesia. No tengo otra cosa que decirte: la venida será mañana al amanecer, puestos todos de encamisada, para que andando en la batalla se reconozcan mas fácilmente: esta es la verdad, y así aperebete á la defensa.»

Luego que dijo esto el espía, no maravillado el marqués del poder del reyecillo, mandó que aquel saliera de allí, y trajeran al otro, el cual siendo preguntado sobre la determinación de su soberano, la gente que traía, y dónde estaba, con muy buen semblante contestó desta manera:

«Has de saber, magnánimo y excelente señor, que yo soy de Bolodui, y del linaje tan nombrado de los Albejarines, de quienes ya habrá oído hablar tu excelencia, pues son naturales de tus tierras. Yo, como mancebo y deseoso de manejar las armas por mostrar el valor de mi persona, así como lo hicieron mis pasados, viendo la revolución y los principios desta guerra, me alisté al servicio del señor de Valor, que habíamos reconocido por rey. Pero viendo luego que la guerra no se seguía con el buen orden que era de esperar, resolví pasarme á la parte de las Cuevas, donde asisten mis parientes y se mantienen quietos. Por influjo de mi corta fortuna no pude después poner este pensamiento en ejecución, porque un día me vi preso por casualidad de la vista de una mora muy hermosa, llamada Almanzora, en este lugar mismo donde estamos, y al que vine enviado por mi rey para el despacho de ciertos negocios. La hermosa mora me hizo detener aquí mas de lo conveniente, porque ambos quedamos prendados, y hecho concierto de casarnos, pudimos gozar de algunos días de felicidad celestial. Sin embargo, la obligación que tenia de volver en busca de mi rey, me separó desta mi nueva gloria y de todo mi bien y consuelo: volví á Valor (¡ojalá no hubiera vuelto!) llevando siempre esculpida en el alma la imagen de mi Almanzora; me parecían mil años cada hora de ausencia, y así deseaba vivamente el fin de la guerra para pasar toda mi vida en la compañía de mi señora. Mas quiso el cielo que, durando por mi daño, llegasen á esta parte tus militares banderas, adonde todo mi bien cayó en tus manos. Luego que yo supe que Verja estaba ocupado por tu poderoso ejército, estando codicioso de averiguar la suerte y fin que habia tenido una prenda tan preciosa, y no pudiendo vivir sin ella, determiné aventurarlo todo, entregándome á la muerte ó á perpetua servidumbre por buscar, y aun si me fuese posible recobrar á mi querida Almanzora. Por este motivo deserté de mis reales, y tomando el camino de mi gloria, tuve el contratiempo de ser cogido y traído del modo en que me veo á tu presencia, en el mismo lugar donde en otro tiempo fué todo mi contento. Mi ánimo era ponerme en tus manos, y salí como esclavo de Valor tomando la vuelta de Verja, cuando mi mala fortuna quiso que encontrase á un soldado tuyo, tan valeroso como el dios Marte, el cual después de herirme me prendió. Pero sabrás, invicto marqués, que en mi prision no hubo mucha resistencia, por el vivísimo deseo que tenia de venir á Verja y saber el paradero de mi alma; á no haber esto de por medio no fuera tan breve mi rendimiento, y antes hubiera consentido morir que verme en prision. En mi estado actual no puedo huir de ser tu esclavo; de tus tierras son mis padres, y lo fueron

todos mis pasados, y así haz de mi lo que quisieres. Pero si me has de dar la muerte, ¡oh buen marqués! suplico á tu grandeza que me permitas ver á mi Almanzora, con solo lo cual moriré consolado. Sobre lo que deseas saber acerca del estado del reyecillo, que así le llamais los cristianos, puedo asegurarte, excelente marqués, que vendrá contra tí á darte una cruda encamisada con tres grandes mangas de arcabuceros, y que cada manga ha de entrar por su parte; discreto eres, tienes valor, y de guerra entiendes; mira por tu campo y por tu persona. Ahora haz de mi lo que cumpla á tu voluntad; yo me ofrezco á servirte lealmente hasta el último instante de mi vida, y si admites mi voluntad la entregaré á tu servicio, y pondré mi gloria en andar siempre al lado de tu estribo.»

Con esto dió el moro fin á su razonamiento, dejando muy maravillado al marqués de la historia que le habia referido; y como su ánimo era tan clemente y virtuoso como noble, tuvo mucha compasión de aquel moro, y mandó que le curasen con diligencia y que le diesen ración distinguida, porque al fin era de noble sangre y descendiente de caballeros principales. Esté moro agradecido, sirvió fielmente al marqués hasta que murió; se casó con Almanzora, su señora, y ahora viven ambos muy contentos y con abundancia de bienes de fortuna en Villanueva de Alcardete.

Sabiendo el marqués por estos dos espías todo cuanto deseaba, y teniendo por muy cierto que el reyecillo iba á venir sobre su campo, dispuso que en él estuviesen todos prevenidos, aunque al principio no declaró la causa. Mandó que en la plaza del pueblo se hiciese la plaza de armas, y estuviese el cuerpo de guardia principal; que se tomasen todas las bocacalles, y en fin, repartió toda su gente con mucha discreción, como lo vamos á manifestar. Tendría el buen Fajardo unos tres mil hombres de guerra entre caballería é infantería, pero á la sazón apenas habria dellos dos mil en estado de tomar las armas, porque los demás estaban enfermos, y fué preciso alojarlos en la iglesia para su mayor resguardo. A los caballeros de mas distinción, que militaban bajo de sus banderas y que comían á su mesa ó les daba raciones, los hizo salir á campaña, apostándolos donde mas convenia. A este fin salieron de Murcia cuatro, á saber: Pedro de Balboa, Francisco de Lison, Francisco Salar, y Juan de Tordesillas, queriendo el marqués que los demás se quedasen con él en la plaza de armas. De Lorca salieron al campo apostados Fernán Perez de Tudela, Alonso del Castillo, Juan Mateos de Guevara, y Juan Quiñonero; aunque este no se adelantó mucho fuera del lugar, porque se le dió orden de hacer con su compañía cuerpo de guardia por la parte de Dalias. Nofre Ruiz y su compañía con gente de Murcia, que era muy buena, estuvo apostado á la parte de Adra. Alfonso Galtero con su compañía á las espaldas de la iglesia, que era la parte de Ojijar por donde se recelaba mayor peligro. Las compañías del reducido se apostaron acia la parte en donde estaban encerradas las moras, y eran los capitanes Cantos, Barrionuevo y Cañabate. Las demás compañías de Lorca tomaron todas las bocacalles que iban á dar á la plaza, y los capitanes dellas eran Luis de Guevara, Juan Mateos Rendón, Juan Felices Duque, y Adrian Leonés Ponce. Las compañías de Caravaca, Zehegin, Mula, Totana y Alhama hicieron cuerpo de guardia al rededor del lugar por los puntos que parecieron mas necesarios, y de donde podia venir mas peligro á la plaza de armas: sus capitanes eran Fernando de Mora, Juan de Leon Carreño, Juan Melgarejo, Pedro Cayecela y Juan de Mora, sin contar otros gefes valerosos puestos al frente de muy buenos soldados. En la plaza de armas estaba el marqués con su caballería, y armado de todas piezas parecia un Marte. Solo entonces, esto es, después de tomadas estas disposiciones se supo el motivo dellas, publicando el sarjento mayor Andrés de Mora, que en aquella madrugada se esperaba que viniese el enemigo á darles una encamisada.

Con este aviso estuvo alerta todo el campo y con grande vigilancia. Acompañaban al marqués muchos caballeros principales de Murcia y de otras partes, siéndolo de la mayor distinción don Diego de Leiva y el hijo del conde de la Coruña. El gallardo Andrés de Mora, sarjento mayor del tercio, y su ayudante Pinar de Loaisa, andaban con toda la solicitud que requeria el caso, amonestando y exhortando con palabras que volaban á todos los capitanes y soldados del ejército, poniéndoles en su consideración la fama inmortal que iban á ganar saliendo airosos de aquel peligro. Viendo el susodicho Mora que estaba ya todo el campo muy bien apercebido, y no faltaba mas sino que se mostrasen las contrarias moriscas banderas, se fué á la plaza de armas donde aguardaba el marqués, á quien informó de que estaba todo listo para la batalla. Muy satisfecho desta noticia el valeroso Fajardo, principió á hablar á la caballería de su mando y á todos los jefes y capitanes que le rodeaban, con palabras llenas de mucha gravedad, en los términos siguientes:

«Valerosos caballeros y escelsos capitanes, ayuntados aquí bajo de mis militares banderas para el buen servicio de su Majestad: se os presenta la ocasion mas honrosa de que cada uno de vosotros ostente el valor que heredó de sus antepasados, para que la fama inmortal, adquirida y ganada por ellos, venga á aumentarse y engrandecerse por vuestras obras. Y advertid que sería para nosotros gran mengua que una gente tan débil y tan mal usada en la milicia viniera á deshacer y aniquilar la gloria que con tanto afán llevamos ya ganada. Ninguno de los nuestros repare en la muchedumbre de los enemigos, sino en lo poco que valen. Tenemos noticias de que nos han de asaltar veinte y dos mil moros no mal armados, y nosotros no somos mas que dos mil, pero se ha de hacer cuenta con que cada uno de nosotros vale por mil dellos: yo por mí solo me encargo de dos mil, y á mi caballo le sobran otros tantos. ¿Y qué son nueve mil moros para la infantería de nuestro valeroso campo, y otros nueve mil para vosotros, mis ilustres caballeros, que tenéis tanto ánimo y tan acreditado esfuerzo? Pues todavía nos sobra el bélico sonido de nuestras claras trompetas y el de las resonantes cajas, cuyo espantable estrépito basta para desmayar á otros tantos diez mil enemigos. Así teniendo todas unas ventajas tan ciertas y claras, no hay duda en que esté de nuestra parte la victoria: haga cada uno su deber como buen caballero, y procure que no se malogre la gloria de una empresa tan honrada como la que hoy nos viene á las manos.»

Esto dijo el valeroso marqués á la escuadra ilustre de su caballería, la cual prometió hacer todo cuanto en tal caso estaba obligada. Mandó su excelencia que ningún caballero saliese de la plaza de armas hasta que él lo mandase, y en seguida pidió su lanza, de la cual fué servido luego, y era tan recia, que un hombre haría harto en poderla llevar al hombro. La tomó el marqués, puso el encuentro en tierra, y arrimado á ella estuvo gran parte de la noche aguardando las banderas enemigas. Ya se habia vencido la soñolienta modorra, y pasádose dos cuartos del alba esperada, cuando vinieron á avisar al marqués de que por el camino de Ojijar se habia sentido gran rumor de gente, á lo que respondió, que todo el mundo estuviese bien alerta en aquella parte; y no tardó mucho en llegar otro aviso á su excelencia sobre haberse sentido otro rumor grande acia la parte de Dalias. El gallardo general mandó también que las banderas apostadas por aquel punto estuviesen bien apercebidas.

Aun no se habia pasado medio cuarto de hora cuando volvieron á avisar de que por el mismo camino de Dalias se habia descubierto gran multitud de gente, que blanqueaba mucho y venia á toda priesa. Mandó su excelencia que se tuviese gran cuenta, y preguntó cuánto podría tardar en su arribo aquella escuadra. Sobre este último aviso

vino todavía otro, previniéndole que por la parte de Ojijar y Andarax se había descubierto grande escuadron de moros todos de blanco, y caminando á toda priesa. A esto respondió su esclencia que pasase la palabra de secreto de uno á otro, para que todos los soldados prontamente pudiesen las cuerdas en las serpezueltas de los arcabuces, y estando ya puesto todo á punto y bajo del órden que había señalado el buen marqués, no tardó en oírse por la parte de Dalías el temeroso alarido de *al arma, al arma, que viene el enemigo*. Luego aquel confuso escuadron morisco acometió con mucha furia, dándole su descarga de arcabucería en las banderas cristianas que estaban en aquel lado, y cuyos capitanes con valeroso ánimo resistieron la demasiada pujanza que traían los moros; hizo en ellos notable daño nuestra arcabucería correspondiendo á su carga; pero como ellos eran tantos, no hicieron aprecio del número de los que habían muerto, y rompiendo por el cuerpo de guardia de los cristianos, entraron hasta llegar á las banderas del reducido, mandadas por los capitanes Barrionuevo, Cantos y Cañabate. Defendieron estos aquella entrada heroicamente; y si los soldados que militaban bajo de sus banderas fueran de tanto valor como ellos, jamás pasaran los moros adelante; pero la gente del reducido, cobarde y bisona, como poco acostumbrada á hallarse en tales ocasiones, se dejó poseer de un pánico terror, y dió á huir desamparando sus banderas, y no parando hasta meterse en la torre de la iglesia. Por esta causa llegando los moros en confuso tropel, ganaron la bandera del capitán Barrionuevo, habiendo atropellado á su alférez. Viéndose el bravo capitán desamparado de sus soldados y en poder de enemigos su bandera, lleno de indignación, como un león desatado arremetió contra toda la escuadra morisca, yendo solo en su ayuda su buen alférez, y entre los dos hicieron tanto á cuchilladas, que tornaron á recobrar su bandera matando al turco que la llevaba, y junto dél á otros muchos moros que se la defendían.

Llegó esta noticia á su esclencia, y mandó que nadie se saliese de la plaza de armas. A esta sazón se oyó de la parte de Ojijar grande rumor de arcabucería, y la causa era haber llegado allí con grande pujanza y dando fuertes alaridos la otra division de enemigos; mas si traían pujanza no hallaron menos en el valeroso Alonso Martínez Galtero, en sus oficiales subalternos, y en todos los bravos soldados que estaban de guardia en aquella parte. Aquí se comenzó una batalla cruel, donde murieron muchos moros á manos de los cristianos, habiendo hecho maravillas los de Murcia, porque como aquellos venían de blanco eran conocidos fácilmente, y por estos hechos pedazos; pero con todo eso el cuerpo de guardia fué roto también, y todo el lugar se llenó de escuadras moriscas que peleaban como dañados. A los capitanes de Lorca, á sus alféreces y sarjentos no les holgaban las manos, porque cada uno de por sí guardaba su calle valerosamente, sin dejar pasar á ningún moro á la plaza de armas. Luis de Guevara, capitán bravo, guardó tan bien la calle de Agua, y mostró tanto valor en su persona, que fué maravilla, contándose mas de cincuenta moros muertos por su mano. No menos ardor mostraba Juan Mateos Rendon con su excelente compañía, pues por la parte en que estaba no pudieron sus enemigos dar un solo paso adelante; del mismo modo se distinguieron Juan Navarro de Alba, Juan Felices Duque, Adrián Leonés de la Alberca, y finalmente todos los capitanes de Lorca con sus soldados, que se distinguieron matando é hiriendo en los moros duramente. Estos á la sazón habían ya roto con gran pujanza todos los cuerpos de guardia, y por su parte hacían notable daño en los cristianos: allí mataron á un ayo del hijo del conde de la Coruña y á algunos otros soldados. El buen capitán Nofre Ruiz, apostado á la parte de Adra, aguardaba la tercera manga de moros que

habían de venir por allí; y en cumplimiento de la órden que se le había dado, se mantuvo firme en su puesto, aunque él y los suyos mas quisieran hallarse en la refriega que pasaba; deste modo se mantuvo dudosa la batalla hasta que abrió bien el día, á cuya luz los cristianos obraban prodigios contra los moros.

Siendo advertido el buen marqués del estado en que estaba la lucha, quisiera salir con su caballería contra los enemigos; pero como tenía noticia de que solamente habían llegado dos escuadras de moros, y faltaba la otra que debía venir por la parte de Adra, no se resolvió á dejar por entonces la plaza de armas. Andaba como digo la batalla dudosa, levantándose por todas partes gran vocería, y resonando las trompetas y cajas militares entre el choque de las armas, de modo que parecía hundirse aquellas sierras. Era tanta la humadera de la pólvora, que no se podían divisar bien los unos á los otros; y sé decir, que si los moros fueran soldados y medianamente diestros en la guerra, allí acabarían con todos los cristianos, sin que escapara uno; porque veinte y dos mil hombres bien armados poco tenían que hacer para destruir á dos mil. Quiso Dios por su misericordia librar de aquella afrenta al buen marqués de Vélez y á los demás de su campo; para lo cual sirvió eficazmente un ardid. Andaba la batalla muy encendida por todas partes, y entendiéndose que á punto de que los moros, por ser muchos, salieran con victoria, cuando se oyó una voz, que no se supo de dónde venía, ni quién la dió, diciendo: *á ellos, á ellos, que huyen, que huyen los moros*. Oída esta voz por los cristianos, cobraron grande ánimo, y aunque no osaban dar el *Santiago* sin la órden de su general, arremetieron á los moros, los cuales sobresaltados por aquella voz y desmayados de todo punto, comenzaron á salir con priesa del pueblo y á huir la vuelta de Andarax.

Siendo dello avisado el marqués, mandó que prontamente se reconociese un olivar que había á la parte de Adra, y que viesen si Nofre Ruiz con su gente estaba de guardia en aquel punto; hizose al instante la diligencia, y respondieron al marqués, que por allí no parecía otra cosa mas que el susodicho Nofre Ruiz, siempre firme en el puesto que se le había señalado. Luego su esclencia mandó á este capitán que partiera de allí y siguiese á los moros, como lo hizo llegando á muy buena ocasion con su gente, y pudiendo muy bien mostrar su valor y la fortaleza de ánimo de sus soldados. Además, luego que el marqués vió que estaba seguro por la parte de Adra, mandó dar el *Santiago* á todo el campo, que tocasen las trompetas, y él al mismo tiempo con toda la caballería arrancó contra los moros alanceándolos, y matando á tantos por entre sus desventurados escuadrones, que estos entonces cayeron de ánimo enteramente, y puestos en fuga no aguardaron mas para sostener el impetuoso choque de las armas cristianas. Huyendo los moros parecía que volaban por los aires; y no pudiendo alcanzarlos los caballos, en un instante se escaparon todos por aquellas sierras, dejando cerca de tres mil muertos en los caminos. No olvidando el marqués que por la parte de Adra aun podría venir la tercera manga de moros prometida, mandó que se tocase á recoger, y estando de vuelta en Verja, quiso que aquellos soldados del reducido que huyeron de la batalla, en castigo, sacasen los muertos del lugar al campo y los quemasen. Se hallaron muchos pertrechos de guerra de los moros; como escopetas, alfanjes, gorguercos y otras armas, que fueron de gran provecho; luego mandó que al ayo del hijo del conde de la Coruña se le enterrase en la iglesia honradamente, y también á otros cristianos que murieron en la batalla. Esta fué tan sangrienta como gloriosa para los vencedores; pero teniendo ya necesidad de volver á tratar de las cosas de Granada y de lo que allí se ordenó, dejaremos al marqués de Vélez hasta su tiempo, diciendo primero

un romance que sobre el contenido deste capitulo hizo un servidor de su esclencia.

Después de aquella victoria
Que el reyecillo tuviera
Del buen Alvaro de Flores,
Tan dolorosa y sangrienta,
Con gran soberbia y orgullo
Junto consejo de guerra;
Seis leguas había en medio,
Donde su real asienta:
Luego envía tres espías
Para descubrir la tierra
Y el real de los cristianos,
Si estaba puesto de guerra.
Los espías vuelven luego,
Y al reyecillo dan nueva,
Que bien puede acometer
Al de Vélez y sus tiendas.
El de Vélez muy confuso
Estaba en estas comedias;
No sabe d'ó están los moros,
Ni d'ó tienen sus banderas.
Para saber algo dello
Grande diligencia hiciera;
Enviado ha dos espías
Vestidos á la turquesca,
Que saben la lengua mora
Como criados en ella.
Estos trajeron dos moros
Que saben bien de la guerra:
Al uno dieron tormento,
Y en él cantando da cuenta
Cómo Abenhumeya viene
A darle batalla fiera
Con tres escuadras de gente,
Formadas de sus banderas,
Y pasan de veinte mil
Los que vienen de pelea.
El marqués luego se alista
Para el alba venidera,

Porque confesó el morisco
Que antes que el alba rompiera
Habían de dar asalto
Por las tres partes á Verja,
Y así puso el campo en arma
Como muy diestro en la guerra.
Tan solo falta una hora
Para que el alba aparezca,
Cuando llegaron los moros
A dar crudo asalto á Verja.
Mas los famosos cristianos
No fallan en la pelea,
Que con ánimo sobrado
Dan en los de Abenhumeya;
Y al romper del claro día
La batalla va sangrienta.
Pero tanto es el valor
De las cristianas banderas,
Que hacen al enemigo
Subir huyendo á la sierra.
El valeroso marqués
Llevaba la delantera,
Matando y alanceando
Al que delante cogiera;
El solo por su persona
Mató moros mas de ochenta.
Toda la caballería
Puso á Muley en afrenta,
Matándole la canalla
Que enviado había á Verja.
Murieron mas de tres mil
Moriscos en la pelea;
Los demás fueron huyendo
Espancidos por la sierra.
Alcanzada esta victoria
El marqués se vuelve á Verja,
En donde le dejaremos
Hasta que demos la vuelta.

CAPITULO XIII.

En que se pone cómo el marqués de Mondéjar fué á la corte, y luego volvió á Granada libre de las acusaciones que sus enmigos habían provocado; y cómo enojado el reyecillo por que el marqués de Vélez desbarató su gente, puso cerco á Vera, saqueó las cuevas y las demás villas del marqués.

Ya hemos contado cómo salió de Orjiva el marqués de Mondéjar, dejando allí su real y poniendo presidio de valerosos soldados en los lugares mas fuertes, conforme se lo había mandado su Majestad. Luego pues que el marqués llegó á la corte se le hicieron cargos de que estaba muy distante, y á los cuales cumplidamente satisfizo, sacándose en limpio su inocencia, y quedando libre de todo lo que era imputado. Visto así por su Majestad le mandó volver á Granada para aguardar allí sus órdenes posteriores y entre tanto proveer desde allí de lo necesario á los presidios de las Alpujarras. Dejemos pues al marqués de vuelta en Granada, y reconozco como leal y fiel vasallo, para decir algo del rey Abenhumeya, que muy enojado por la derrota de su gente, resolvió destruir los lugares propios del marqués de Vélez, y asimismo dió órden de cercar á Vera y tomarla por fuerza de armas, atento á que aquella ciudad, estando cerca del mar, era muy conveniente para el fin de sus intenciones, y porque si venían los socorros de Arjel ó de Fez tuviesen donde desembarcar las banderas africanas, sin que les parase perjuicio. Aunque es playa la mar de Vera, tiene desembarcaderos muy buenos y cercanos, como son el puerto de Aguilas, los terros blancos, y otras calas grandes y seguras de las procelas del Océano. Así es que para esto Abenhumeya, queriendo tomar el parecer de sus capitanes y de los demás jefes de su campo instruidos en el ejercicio militar, los juntó en consejo de guerra; pero también le dejaremos aquí con los suyos para hablar de la barca que tomó la vuelta del poniente, llevando los despachos del reyecillo al de Fez, pidiéndole favor y ayuda para continuar la guerra de Granada.

Partido pues el bajel del Farallon de la mesa de Roldán, atravesando el mar de España y llegando á las riberas de Berbería, tomó el derrotero de poniente, y le siguió hasta el famoso río de Tetuán, en donde desembarcaron solos dos de los que iban, y tomaron la vuelta de Fez y Marruecos. Luego que llegaron á la presencia

del rey de Fez presentaron los despachos que llevaban de Abenhumeya, y abierta una carta escrita en arábigo granadino, se vió que decía así:

«A ti, soberano y poderoso rey de Fez y su distrito, te conceda salud el santo Alá, Mahoma también te bendiga y sea propicio, para que con valor y pujanza goces siempre el real cetro y la corona con tanta razon por tí poseída. Has de saber, muy poderoso señor, que el santo Alá por su infinita misericordia ha querido que el antiguo reino de Granada, de antes ganado y poblado por las naciones africanas desos tus reinos, se haya levantado con justa razon contra el rey de Castilla, que le tenía tiranizado cruelmente y puesto en servidumbre perpetua; de manera que los moradores de dicho reino, deseando recobrar la dulce libertad á fuerza de armas, me eligieron por su rey como legítimo descendiente de sus soberanos, y de aquel claro tronco de Abenhumeya; y para salir airoso con su pretension, he acordado implorar tu favor y real auxilio, el cual por tus mayores jamás fué negado en los pasados tiempos á los reyes de Granada. Alentado con esta confianza, como deudo tuyo muy cercano y de tu real sangre procedente, te suplico que no me lo niegues, pues no hay derecha causa para negarlo. Y para que entiendas si lo puedes dar con fundamento, sabrás que debajo de mis banderas militan mas de cien mil soldados de la secta mora, todos bien armados; y no cuento todavía con otros doscientos mil que aguardan, para levantarse, la ocasion de tu socorro; sabiendo muy cierto, que con él y el que juntamente espero del Gran Señor prometido, toda España quedará pronto sometida á las africanas banderas y puesta bajo de las reales coronas de Africa y Libia, como de antes solia estarlo. Suplico pues á tu grandeza, que no sea liberal en socorrer á tus deudos, pues dello resultará al cabo tanta gloria, honra y provecho. Queda tuyo. De Granada etc. — *Abenhumeya, rey.*»

El rey de Fez, acabando de leer esta carta, se maravilló mucho de que se hubiera levantado aquel reino contra la grande potestad del rey Felipe; y luego entendió, como hombre prudente y considerado, que no podia tener buen fin semejante guerra, haciéndose á un soberano tan poderoso, que habiendo sujetado á casi todas las naciones del mundo, no consentiría largo tiempo dentro de sus mismas tierras aquel levantamiento. Así, consultando la razon, y no despreciando el éxito que pudiera resultar, dió á los mensajeros del reyecillo su respuesta á las cartas que habían traído, y los despachó con algunos regalos, especialmente con una rica sortija de oro, en la cual estaban esculpidas sus reales armas. Con esto partieron de Fez los granadinos, y no pararon hasta donde habían dejado su bajel con los demás compañeros, los cuales se holgaron mucho con su llegada. Saliendo de allí con buen tiempo arribaron en pocos dias á Sorbas, donde desembarcaron, y entrando por la tierra adentro supieron que el reyecillo estaba en lo alto de las Alpujarras en un lugar llamado Codbar. Fueron allá, y llegaron al tiempo en que estaba ocupado en el consejo de guerra sobre la ida á Vera, de que ya hemos hablado. Luego que Abenhumeya supo el arribo de los mensajeros recibió de su mano muy alegre las cartas del rey de Fez y la sortija real que le regalaba; fueron luego las cartas abiertas, y se vió que en arábigo decían así:

«Prospera Mahoma tu estado, y te dé favor para que salgas de tu pretension como deseas. Recébi una tuya en la cual, por vía de parentesco y porque á ello obliga la razon, me pides socorro para entrar en esos reinos de España, diciendo que eres rey de Granada, y que te has levantado con todo el reino contra la potencia del rey Felipe. Grande y dificultosa cosa emprendes, y tal que imagino no tendrá buen fin; porque mal podrá ser contrastado por tí aquel que tiene casi todo el mundo debajo de su pié. Mira pues con atencion, y advierte bien lo que